



Brooke Alfaro: obra reciente

Hace ocho años, el artista panameño Brooke Alfaro (1949) sorprendió al público cuando repentinamente dejó la pintura para dedicarse a la producción de obras de videoarte. Para trabajar en esa nueva técnica, tuvo que empezar de cero, aprendiendo a filmar y a editar, buscando poderse expresar con la misma intensidad que antes lograra como pintor. Artista tenaz, Alfaro ha llegado a dominar este lenguaje visual, creando obras insólitas, en muchos casos chocantes, con las que ha sido premiado en certámenes internacionales de video.

Ahora, Brooke Alfaro ha vuelto a poner su atención en el lienzo, y la 8ª Bienal de Arte de Panamá se honra en presentar sus primeras pinturas del nuevo siglo. Una combinación de retratos, paisajes naturales y escenarios imaginados, estas obras muestran un hilo conductor con su producción anterior, pero también atestiguan una renovada búsqueda. Para Alfaro no hay reto mayor en el arte que el de producir una gran pintura. Es una meta que implica lograr las calidades obvias como el dibujo sensible, la composición balanceada y el buen manejo del color, pero también un alto estándar personal que él se impone en el que valen temas de mayor envergadura como la siempre buscada soltura técnica, el dominio de un lenguaje pictórico propio, y una relación profunda entre forma y fondo que solo alcanzan los grandes.

Como punto de partida para estas nuevas obras, tenemos una gran barca cargada de gente de todo tipo en un mar violento, que el artista inició en los noventa pero recién terminó ahora. Hay paisajes de bosques tropicales más o menos naturales que en algunos casos representan una lucha expresionista entre el cielo y el follaje, y en otros, sirven como escenario para un desnudo o una relación, sin mayores explicaciones, entre dos seres humanos. La humanidad, *per se*, es el tema medular de los múltiples retratos con los que se ocupa Alfaro actualmente, obras a través de las cuales ejerce un constante ejercicio de búsqueda, tanto del naturalismo como de la auto-expresión. Trabaja con modelos vivos, como los artistas clásicos, y no busca halagar sino que se regodea en las marcas que el tiempo ha dejado sobre las fisonomías. Como antes, sus personajes siguen siendo un tanto perturbadores porque Alfaro nunca ha perdido –si acaso ha afilado– la ironía y el morbo que acompañan su visión del ser humano.

Mónica E. Kupfer